



Dr. Lucrecio Jaramillo Vélez, Rector de la Universidad de Antioquia

Dr. LUCRECIO JARAMILLO VELEZ

A la vida hondamente convulsa del país se asoma ahora una generación que padece las dolencias que sus mayores le han querido legar; derecho tiene, pues, por lo menos, —según reza la jugosa sentencia de Calvo Serer— a exigir el respecto de quienes le dejaron como herencia cargas tan penosas. Paradójicamente, sin embargo, sólo aquellos que están limpios de esas viejas culpas precian en la juventud de hoy inquietudes que es necesario respetar y encauzar, y mantienen dentro de un nivel común el logro conjunto de las realidades necesarias al medro de la cultura.

Es cierto, por otra parte, que cada generación construye su propia dimensión histórica en el esfuerzo de ser auténtica y de crear sus propias convicciones, como dice Ortega y Gasset; pero es cierto también que el edificio de la historia implica una razón de continuidad que no es empecinamiento en los errores y en los vicios del pasado sino redención, afirmación y aprovechamiento de todo lo que merece salvarse en el hombre y en el pueblo.

Conforme con todo ello, para irrumpir fundadamente en su propia confección histórica, la nueva generación ha de acercarse a lo puro y a lo limpio —a lo que salva y merece ser salvado— de las generaciones que le anteceden; y, en maravillosa adecuación a esta necesidad, sólo lo limpio y lo puro de las generaciones antecedentes aprueba, persigue y ama el abrirse a la generación reciente.

Señor de muy reverendas calificaciones intelectuales y morales, el doctor Lucrecio Jaramillo Vélez aporta a la Rectoría de nuestra Universidad el ánimo conciliador del docto, el espíritu inquieto del científico, la paciencia constante del pensador y la bondadosa entereza del maestro.

En el rico filón de su bondad sensible y duradera hallará la juventud que se forma y educa en la Universidad el respeto y la participación que exige en la búsqueda inagotable de un común ideal de grandeza para la Patria. Educador de largos años no es él el director atrevido que pretende intimidar a una grey mansa; es, más bien, “para honra suya y beneficio nuestro”, el maestro cordial que despierta esa veneración sin la cual ninguna educación es posible.

Definitivamente ajeno a la altanería del profesor envanecido; propicio al diálogo y a los criterios varios de sus alumnos, creo que cree en la rebeldía estudiantil como vengero fecundo de superaciones, y que, acorde con el moderno sentir de Universidad, piensa que ésta "ha de proporcionar todos los instrumentos y posibilidades en el campo espiritual; conducir hasta los límites, pero dejar al estudiante librado a sí mismo y a su propia responsabilidad en todo lo que es decisivo en el obrar".

Vinculado por primera vez a la Universidad de Antioquia en 1944 cuando comenzó a regentar la cátedra de griego en aquel remoto Instituto de Filología hoy exangüe, desde hace doce años es profesor de nuestra muy querida Facultad de Derecho en donde ha pronunciado las cátedras de Derecho Romano, Derecho Civil —Bienes y Obligaciones—, Derecho Canónico y Derecho Internacional Privado.

Vino a nosotros abogado de la Pontificia Universidad Bolivariana, en la que dictó deleitosas clases de Derecho Romano. A ella ingresó bachiller del Colegio San Luis, de Bélgica, en donde, además, cursó estudios de Filosofía y Letras. Años después de una enjundiosa traducción de la obra de Josserand, el denso civilista francés, publica hoy, en nuestras prensas universitarias, un tratado de Derecho Romano que ha de fijar un escote de su pensamiento disperso ahora en otros estudios de futura edición a tiempos más propicios.

Del Decanato de Derecho marchó a la Rectoría del Alma Mater.

Yo le conocí hace años; él fue mi profesor de Derecho Civil, y Romano. Hoy, al evocar sus enseñanzas, ellas me parecen certeramente acomodadas al espíritu que Jaspers solicitaba para la educación universitaria: "Educación en la Universidad, decía el ilustre catedrático alemán, es el proceso de la formación para un trabajo rico en contenido, justamente por medio de la participación en la vida espiritual que en ella tiene lugar... De la idea de la universidad no surge cualquier formación o una formación definitiva. Pero el sello racional y filosófico representa un papel tan decisivo en la imagen total del hombre, que con el estar aprehendido por la ilimitada voluntad de indagar y de aclarar está relacionada una formación peculiar: ella favorece la humanitas, es decir, el escuchar razones, el comprender, el reflexionar partiendo del punto de vista ajeno, la probidad, la disciplina y la continuidad de la vida...". Esa fue la educación que yo recibí del hoy Rector de la gloriosa Universidad de Antioquia, esa la educación que recibí de quien al asumir la Rectoría de nuestra Universidad asume campos más dilatados para su profunda vocación de maestro. Conque así lo haga es suficiente...

Gonzalo Jiménez Gómez